

# Misión Sarcófago



# Misión Sarcófago

Mónica Rodríguez

*Idea original e ilustraciones:*

Mónica Carretero

1.ª edición: noviembre 2009

© Del texto: Mónica Rodríguez, 2009  
© De las ilustraciones: Mónica Carretero, 2009  
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-8499-3  
Depósito legal: BI-2690-09  
Impreso en Grafo, S. A.  
Avda. Cervantes, 51  
48970 Basauri (Vizcaya)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la Ortografía, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



ANAYA

# 1 Un goterón que no era un goterón



Llovía, así que Candela abrió el paraguas con gran desenvoltura. Los pájaros habían dejado de cantar y un hombre retinto chorreaba con la nariz como una tomatara. La niebla bajaba, el barro subía y el viento correteaba de un lado a otro sin dejar de silbar. Este era el paisaje tan plácido por el que Candela, nuestra agente secreta, vagabundeaba echando de menos una misión que llevarse a la cocotera. Hacía por lo menos un par de meses que nada caía del cielo<sup>1</sup>. ¡Y ahora esta lluvia! Candela sonrió.

<sup>1</sup> Candela se refiere a las bolas-misión que siempre le caen de las alturas.

Al menos el aire se purificaría. ¡Qué ecológica es nuestra reportera! ¡Y qué desprendida! Porque ahora que observa al hombre, estornuda que te estornuda, con la nariz como una bombilla de feria, va Candela y le regala su paraguas.

—Tenga, tenga. No se resfríe usted más. Protéjase con el paraguas y vuelva ya para casa.

El hombre, con una sonrisa forzada, dio gracias a la larguirucha mujer. Cuando la vio alejarse con su pelirroja cabellera llenándose de lluvia, se dio de paraguazos en la nariz de pura rabia.

—Mira que es buena esa señora —decía el sujeto venga a rabiarse—. Y a mí me tuvo que tirar una vez una bola en la cabeza y ahora la odio a más no poder.

Porque este hombre de nariz abultada no era otro que el malvado Malatrapa que, en verdad, odia a nuestra superreportera y quiere estropearle las misiones a toda costa. Hasta

ahora nunca lo ha conseguido y eso le hace odiarla más, si cabe. Y parece que sí, que cabe. Por eso está todo el día espía que te espía a la superespía. Cosas que pasan.

Candela, que no se había percatado de la identidad del hombrecillo, siguió tan animosa por el barro. Le caían verdaderos chorretones por la frente y si no fuera por que nuestra espía es elegante hasta decir basta, aquella lluvia podría haberla deslucido un poco. Pero nada de eso. Con lluvia y todo estaba para tirarle flores.

Entonces ocurrió.

—¡Uy, qué goterón tan extraño me ha caído en el cogote!

Algo, en efecto, había rebotado en la exquisita nuca de nuestra espía. ¿Goterón dijo? Ay, ay, que no se ha dado cuenta de que lo que le cae del mismo cielo no es sino una bolita de papel. Una bolita de esas donde vienen ocultas las misiones de espía. ¿Será posible?



Pues sí, lo es. Candela fue a alisarse el cabello y, ahí donde sintió el goterón, sus refinados dedos tocaron con aquella bola de papel. El corazón de Candela saltó brioso.

¡Una nueva misión!

¿Sería de las de poner los pelos de punta y agitar el pulso por arriesgada y espeluznante?

Candela estiró la bola-misión.

Una sonrisa iluminó su rostro. De pronto dejó de llover, los pájaros cantaron, el viento contuvo la respiración y al hombre retinto le entró un hipo que afeó bastante el momento.

La sonrisa de Candela flameaba en el rostro. ¡Aquella era de las mejores misiones a las que jamás se había enfrentado!

## Una misión de muerte



La agitada cabeza de nuestra superagente se llenó de horripilantes monstruos, de túneles oscuros, de sarcófagos, de siniestras maldiciones... y la encantadora espía sonrió con dulzura. En verdad era un placer seguir aquella nueva misiva.

El malvado Malatrapa, que se había escondido detrás de una papelera en lugar de irse para casa, estaba ansioso de conocer la nueva misión de Candela. Pero aún tardaría catorce estornudos en ver cumplido su deseo.

Candela, alborozada, no dejaba de sonreír, perdida en las ensoñaciones de una nueva aventura. El sol se abrió paso entre las nubes

e iluminó a nuestra iluminada superagente. Entonces, con su habitual civismo, volvió a plegar la bolita y a lanzarla a la papelera. El tiro no fue muy grácil ni la puntería certera. Pero Candela, como ya sabemos, es un poco miope y la mar de distraída. Así que ni se enteró de que la bolita caía en pleno gollete del malvado Malatrapa, que abría en aquel momento la boca para dar el estornudo número trece. Ya se sabe que este número trae una suerte más bien floja.

Mientras Candela se iba en tres gráciles zancadas, el desventurado Malatrapa quedaba medio asfixiado con el gazzate tapado, nada menos que por una bola-misión. Por fortuna, el cosquilleo de un nuevo estornudo hizo lanzar un salivazo con bola incluida, que despejó la garganta del sujeto y encharcó a una anciana que pasaba por allí.

—¡Pero será guarro! —gritó la anciana.

—Eso lo será usted que tiene un espumarajo constipado en medio de la cara —le espetó



Malatrapa—. Y si no deja de mirar, le atino otro.

La anciana salió despavorida y Malatrapa tomó la bola-misión que había caído en medio de la papelera. Con gran cuidado apartó las colillas, cáscaras y gusanos que ocultaban el papel y lo extendió con gran entusiasmo.

—«¡Rascaculos!»—gritó—. Esta misión no hay quién la cumpla.

Malatrapa se frotó las manos de puro contento, pensando que esta vez la reportera más famosa del planeta no podría terminar con éxito su aventura.

Y no era para menos. La bola-misión decía:

*Ramsés II ha abandonado su urna en el museo y la momia —descabellada— está armando un buen jaleo.*